

# CANTINFLAS



## CANTINFLAS

## ALGO MAS QUE UN PERRO

Erase una vez... Así suelen empezar los cuentos infantiles pero en esta ocasión este cuento es consecuencia de un hecho real adornado con algún que otro aditamento, contado en tercera persona pero vivido en primera.

Juanito era un niño de once años que vivía en un pueblo de Andalucía, hijo de un armador de un barco de pesca, Avelino, que faenaba frente a las costas africanas realizando mareas que duraban entre cinco y siete días.

En aquella ocasión el barco se demoró dos días mas de lo normal debido a un fuerte temporal que les obligó a refugiarse en Melilla, puerto en el que solía atracar con relativa frecuencia para abastecerse de combustible cuyo precio era muy inferior al de la península.

No era normal que Juanito acudiera al puerto su madre, Laura, a recibir a su padre acompañado por su hermano mayor Roberto, por eso aquel día, como cada vez que el barco recalaba en Melilla, no faltó a la cita.

Sabía que en esas ocasiones nunca faltaba un regalo, normalmente un original juguete que normalmente no se vendía en las tiendas del pueblo.

¡Es americano!... Solían exclamar los niños al contemplarlo porque no se parecía en nada a los del mercado nacional.

Cuando el barco atracó al puerto Juanito dio un salto hasta la cubierta buscando a su padre que en esos momentos bajaba del puente de mando y se le lanzó al cuello colmándolo de besos como zalema en espera de la consabida recompensa.

Pero Avelino primero se dirigió a la borda para dirigir la maniobra de amarre de la embarcación.

Mientras esperaba a que su padre terminase y le entregase el obsequio oyó una especie de lamento como el de un bebé, se giró y vio en un rincón una especie de bola de lana negra sobre la que emergía don extrañas brasas que parecían observarle al tiempo que emitía unos lastimeros gemidos.

Se trataba de un cachorro que apenas tendría dos semanas y que temblaba como un flan por lo extraño de su situación, porque por frío no podía ser ya que estaban en plena canícula y el sol estaba en el centro del cielo.

Entre el negro de su pelambreira destacaba el color de sus ojos rojos y pupilas blancas y sobre ellos una mancha blanca, también sus pies eran blancos lo que en principio hizo suponer que se trataba de manchas de pintura o cualquier otro producto de abordó.

A pesar de que estaba muy sucio y olía a pescado Juanito no dudó un solo momento y tomándolo en sus brazos lo acurrucó contra su pecho como si fuera un bebé y al instante dejó de gemir.

Los padres de Juanito se quedaron atónitos, a pesar de que Avelino había terminado con la maniobra de amarre y tenía entre sus manos un paquete conteniendo el esperado regalo, el niño se había olvidado de todo y seguía acariciando al cachorro.

Pasada la primera impresión Juanito se volvió hacia su padre y sin dejar de

acariciar al cachorro dijo.

- ¿Puedo quedármelo papá?

- No es mío, lo encontró Pascual en el muelle de Melilla, le respondió el padre mientras mantenía el paquete entre sus manos esperando una alegre y nerviosa reacción del niño como en otras tantas veces.

Pero el niño ignora el gesto de su padre y corrió hacia donde se encontraba el citado marinero y mirándole con ojos de cordero degollado repitió la misma pregunta con tono de voz casi suplicante.

- ¿Por favor, puedo quedármelo tío Pascual?

No es que Pascual fuese su tío, era una forma respetuosa que en aquellos tiempos tenían los niños para dirigirse a los mayores.

- No lo recogí con intención de quedármelo, respondió Pascual, yo ya tengo dos perros y mi mujer no me dejaría entrar en casa con otro, pensaba que se quedara en el barco pero no sirve como marinero porque se ha pasado todo el tiempo mareado y devolviendo, puedes quedarte con el si lo deseas.

El niño dio las gracias cinco o seis veces a Pascual y preguntó.

- ¿Cómo se llama?

- Todavía no tiene nombre, respondió pascual, así que si tu papá te deja que te lo

quedes puedes ponerle el que más te guste.

Juanito saltó al muelle y fue corriendo hacia su padre que para entonces se había reunido con su esposa y su otro hijo y este al verle pensó que por fin había reaccionado y extendió los brazos con el paquete en las manos esperando por fin la escena de costumbre.

Solo entonces se dio cuenta Juanito de la situación y reaccionando con mentalidad infantil dejó al cachorro en el suelo y cogió el paquete que abrió con gran nerviosismo, sacó el juguete sonrió y dio un sonoro beso a su padre, pero inmediatamente se lo entregó a su madre.

Luego giró sobre si mismo y se quedó mirando al chucho que tambaleándose se dirigía hacia él.

- Mira como anda, dijo la madre, si parece Cantinflas.

En realidad la frase de Laura fue un simple comentario a los andares de pato mareado del cachorro mientras caminaba al encuentro de Juanito pero Roberto sentenció.

- No hace falta que le busques nombre mamá lo acaba de bautizar, este perro se llamará **Cantinflas**.

Entre el cachorro y el juguete Juanito estaba demasiado abstraído como para ponerse a discutir si es era el nombre apropiado para su perro y desde ese momento Cantinflas sería el nombre con el que se quedaría para siempre, que

dicho sea de paso le iba como anillo al dedo.

Tres meses después aquel cachorro sucio y mal oliente se convirtió en un esbelto pastor alemán negro como el tizne con los pies blancos y un lunar del mismo color en la frente coronando dos ojos rojos como brasas y pupilas blancas.

El tío Sebastián, un experto en razas de perros, dijo que en principio como cachorro le despistó por completo por su tamaño y su fino y largo hocico.

- Ahora estoy seguro de que se trata de un pastor croata, termino afirmado el tío Sebastián, aunque es posible que su corpulencia le venga de algún cruce con un pastor alemán.

- Pero ese hocico tan largo tiene más de lobo que de perro lo que demuestra que entre su línea de ascendencia tuvo que haber un lobo macho porque si hubiese sido hembra jamás heredaría esa nariz ya que las lobas la tienen más corta que los machos.

- ¿Y eso es malo tío Pascual?, preguntó inocentemente Juanito.

- No cariño, le respondió, eso significa que tienes el mejor perro que existe en muchos pueblos a la redonda, que si te empeñas le puedes enseñar todo lo que quieras y que con el tiempo entenderá todo lo que digas sin necesidad de gestos y tu también aprenderás a interpretar sus ladridos.

Perro y niño se convirtieron en inseparables y hasta al colegio iban juntos y también regresaban del mismo modo porque Cantinflas minutos antes de la hora

de salida del cole ladraba junto a la puerta del patio para que le abrieran y corría a esperarle.

En la festividad del día de todos los Santos Juanito acompañó a su madre al cementerio para adornar la sepultura de la abuela y naturalmente con ellos también iba Cantinflas.

Al llegar al pasillo donde se encontraba la sepultura Juanito preguntó a su madre que cual era y ella le respondió que la de la derecha al final con la cruz y el ángel.

No hizo ningún gesto ni señaló el sitio porque en una mano sostenía las flores y en la otra la garrafa de agua, solo habló y sin embargo Cantinflas se adelantó parándose justo delante de la sepultura de la abuela y se sentó mirando hacia ella.

Juanito no le dio importancia al hecho pero su madre aunque en ese momento no comentó nada no hacía más que pensar en ello y al volver a casa se lo contó a su esposo.

- Los perros son animales tremendamente listos, fue todo el comentario que oyó como respuesta.

Mientras tanto el niño apocado y retraído del curso anterior se había convertido en el centro de atención de todos sus compañeros y amigos y aunque Cantinflas jamás atacó a nadie, si enseñaba los comillos en señal de advertencia si alguien se pasaba con su amo.

Poco antes de Navidad el maestro de Juanito llamó a sus padres para hablar con ellos y para no preocuparles les advirtió que no se trataba de su hijo sino del perro.

En un primer momento pensaron que sería algún incidente provocado por Cantinflas entre los compañeros de colegio.

- Mi llamada es para hablar de su perro, empezó diciendo el maestro, pero no se asusten que no es nada malo, muy al contrario es algo inaudito que ha ocurrido en tres ocasiones y que me parecen totalmente fuera de lo normal.

- La primera fue el día en que Juanito se olvidó en casa de la bomba de la bicicleta que el día anterior le había pedido que trajera para hinchar la pelota con que juegan en el recreo, no hubo ningún gesto solo palabras y el perro salió disparado volviendo minutos después con la bomba en la boca.

- La segunda fue cuando una tarde al salir de clase Juanito notó que le faltaba la merienda y me dijo que con toda seguridad tenía que haber sido Tximet y nuevamente sin más Cantinflas salió disparado y al rato volvía acompañado por el susodicho que devolvió la merienda y pidió perdón.

- La tercera ocurrió ayer mismo, después del recreo no hubo clase y bajé al puerto con los alumnos para ver un gran barco que había atracado en él.

- Al acabar reuní a los alumnos y cuando nos disponíamos a marchar Cantinflas se puso delante de mí impidiéndome avanzar y ladró un par de veces, Juanito



entonces dijo que me avisaba de que nos olvidábamos de algo y volví a contar a los niños sin notar ninguna falta.

- Nuevamente el perro se interpuso en mi camino y volvió a ladrar pero esta vez se dirigió a un rincón y le seguí.

- Y la gran sorpresa, allí debajo de un banco de piedra estaba la cartera de Carlitos que se la había dejado olvidada, la recogí y solo entonces permitió que emprendiésemos la marcha.

- No se si ustedes habrán notado algo similar pero yo lo he consultado con el tío Sebastián, que es un experto en la materia, y me ha dicho que aunque extraordinariamente raro es algo que puede pasar dado el alto poder de percepción de los pastores croatas.

No hubo más comentarios pero el padre de Juanito empezó a pensar en la posibilidad de que realmente Cantinflas era un perro extraordinario y quiso hacer una comprobación.

En aquellos tiempos uno de los oficios ambulantes era el de “cacharrero”, un señor que con un carro lleno de toda clase de objetos de cerámica y metal recorría las calles del pueblo montado en el mulo que tiraba de la carreta vendiendo o cambiando sus productos.

Aquel día Avelino llamó la atención de su esposa para que estuviera atenta al paso del cacharrero, lo hizo en presencia de Cantinflas pero sin hacer el menor gesto ni mirar hacia el.

- Cuando veas aparecer el carro me avisas que quiero comprarle algunos platos y potes de aluminio para el barco.

A media mañana Cantinflas entró en la casa ladrando y haciendo señas a Avelino para que le siguiera y ya en la calle comprobó que el carro del cacharrero se estaba acercando.

Después de comprarle algunas cosas entró en la casa y reuniendo a toda la familia les dijo.

- En adelante somos uno más en la familia, Cantinflas entiende todo lo que hablamos aunque no nos dirijamos a él, y además trata de hacerse entender ladrando o gesticulando.

- Por lo tanto, continuó diciendo, quiero que sepáis que debe recibir verbalmente el mismo trato que cualquiera de nosotros ya que cada vez que hablemos él tratará de complacernos o se ofenderá de acuerdo con nuestros comentarios.

Tan solo Roberto, el hijo mayor, recibió la noticia con escepticismo, conocía a muchos perros del pueblo con un montón de habilidades y no le parecía que el suyo fuera tan diferente, así que quiso comprobar por sí mismo si las aptitudes de Cantinflas, que su padre había ponderado, eran reales o fruto de la imaginación.

A la mañana siguiente cayó un chaparrón al amanecer escampando a continuación y Roberto pensó que había llegado la ocasión de comprobar si realmente lo que había dicho su padre de Cantinflas era cierto.

Se dirigió a su madre para que le preparara un par de bocadillos, cogió una cantimplora la llenó de agua y le dijo a su hermano.

- Después del aguacero y con este sol a buen seguro que el campo estará abarrotado de caracoles, vamos a buscar un buen puñado y mamá nos preparará un guiso de esos que ella tan bien cocina.

Roberto, Juanito y naturalmente Cantinflas se pusieron en camino hacia una loma cercana donde abundaban las matas de esparto que era el lugar preferido para el deambular de los caracoles después de la lluvia.

En un alto en el camino se sentaron en una roca y cuando reanudaron la marcha Roberto intencionadamente dejó la cantimplora en el suelo.

Más adelante, con una buena bolsa de caracoles en su poder se sentaron para dar buena cuenta de los bocadillos y Cuando Juanito pidió agua a su hermano este hizo ademán de buscar la cantimplora sin articular palabra.

Cantinflas salió disparado y momentos más tarde ante el asombro de Roberto volvía llevando la cantimplora colgada en la boca por el asa.

Aunque la prueba le había convencido pensó que podría poner a prueba otra vez a Cantinflas antes de llegar a casa y dijo.

- Vamos Juanito, volvamos a casa que ya tenemos suficientes caracoles como para llenar una buena cazuela.

Se pusieron en marcha monte abajo y al llegar a la carretera Roberto hizo un gesto a su hermano y tomaron la dirección opuesta, inmediatamente Cantinflas lanzó un ladrido y cuando los hermanos se volvieron hizo un gesto con la cabeza y se puso a andar en el sentido correcto.

Entonces Roberto recordó que durante toda la mañana había cambiado de dirección varias veces y que el perro en ningún momento hizo objeción alguna pero ahora el había mencionado que volvían a casa y por supuesto esa no era la ruta correcta.

A su regreso a casa comentó lo ocurrido y convino con sus padres que efectivamente el comportamiento de Cantinflas era algo extraordinario, el perro entendía todo lo que se hablaba y además tomaba sus propias decisiones que por supuesto siempre eran acertadas.

Hubo otro hecho muy significativo ocurrido un sábado en que los niños jugaban al escondite y al caer la tarde una llamada de la madre de uno de ellos puso fin al juego y todos salieron corriendo hacía sus casas.

Cantinflas corría junto a Juanito pero de repente se adelantó y se puso al frente de todos ladrando para que se detuvieran.

Se miraron unos a otros y de pronto Miguel exclamo.

- ¡Ostras!, Carlitos sigue escondido.

No hizo falta ir a buscarlo porque de ello se encargó Cantinflas.

Pero no penséis que el perro hacía caso a los comentarios de toda la gente del pueblo, solo a los de su familia y en casos excepcionales cuando él percibía que se trataba de una emergencia.

En una ocasión estaba Roberto jugando al fútbol con unos amigos y Juanito con su perro los observaba desde la banda.

Uno de los amigos de Roberto quiso poner a prueba las dotes de Cantinflas y acercándose a donde se hallaban comentó.

- Estoy empapado de sudor pero me he dejado la toalla en la bicicleta y si voy a por ella voy a sudar más todavía, y esperó la reacción del perro.

Pero este permanecía sentado junto a Juanito con expresión ausente como pensando para sí.

- Si piensas que voy a ser yo el que vaya por ella estás listo majo, así que o te pones en camino o a seguir sudado.

Al ver que el animal no se inmutaba Juanito dijo.

- Creo que ya se ha dado cuenta de tu no eres criado de nadie Cantinflas pero por esta vez vamos a ser compasivos y puedes traérsela.

El perro se levantó y fue a por la toalla pero estaba claro que lo hacía a

regañadientes y solo porque se lo había pedido el niño porque en lugar de ir corriendo como siempre esta vez lo hizo sin prisas como disconforme con lo que estaba haciendo.

Con su andar cansino y volviendo la cabeza hacia atrás constantemente cantinflas parecía estar pensando.

- Porque me lo ha mandado mi amo, si no te ibas a secar el sudor con...

- Realmente es un perro excepcional, comentó el amigo de Roberto, pero también es un poquitín quisquilloso porque si no se lo llegas a decir tú a mí no me hace ni puñetero caso.

Pasó el tiempo y llegó el fin de curso y con el verano, que por cierto en el pueblo se le recibe con una fiesta coincidiendo con la onomástica de San Juan, en la que se tiene la costumbre de realizar una ofrenda florar al mar como homenaje a los náufragos que perdieron su vida en él.

La ofrenda consiste en arrojar al mar unas flores en forma de ramo o pequeña corona, en la que participan todos los vecinos tanto si tienen o no finados entre su familiares.

La familia de Juanito no ha perdido ningún familiar en el mar pero al igual que todos participa en la ofrenda llevando un ramo de claveles.

Al llegar a la playa varios vecinos se arremolinan en torno a ellos con

expectación esperando que Cantinflas realice alguno de los prodigios a los que los tiene acostumbrado.

Laura piensa en principio que no es la ocasión apropiada para ningún número circense y entrega el ramo a Juanito para que lo arroje al mar, pero cuando este se acerca a la orilla Cantinflas ladra un par de veces.

Juanito comprende el significado y se vuelve hacia su madre buscando su aprobación que esta le otorga con un pequeño gesto y sin mediar palabra retrocede hasta su perro y le ofrece el ramo.

Cantinflas lo coge con la boca y se adentra en el mar donde deposita el ramo entre las demás flores y después regresa a la orilla.

Todos los asistentes aplauden sorprendidos el gesto del perro como si se tratase de una prueba de habilidad, cosa que a Laura no le gusta ya que es lo que trataba de evitar.

- Juanito, le dice su madre, quiero que de ahora en adelante comprendas que cantinflas no es un payaso de circo y te pido que no hagas exhibiciones con el, trátalo como si fuese un compañero más.

Transcurre el tiempo y poco a poco la fama de Cantinflas traspasa los límites del pueblo y se extiende por toda la comarca y a la familia le llueven toda clase reofertas para desprenderse de el.

La familia las rechaza todas pero hay una de una poderosa empresa circense que

supondría liquidar de una vez por todas el saldo pendiente del crédito que el banco les concedió para construir el barco de pesca.

Casimiro es el hombre más rico del pueblo, dueño de la casa donde vive la familia de Juanito y avalista del crédito, y les recomienda que acepten la oferta, seguramente no lo hace como consejo de buen amigo sino con el oculto interés de librarse del aval.

Tanto los padres como el hijo mayor sopesan la oferta y piensan que sería una buena ocasión para obtener una solvencia que les permitiera alguna modernización del pesquero y sobre todo el poder afrontar el futuro sin temor a un revés imprevisto y aceptan la oferta.

Ante la sorpresa de todos Juanito se queda callado y no pone ninguna objeción y sin decir palabra se retira a su cuarto.

Pero cuando a la mañana siguiente Laura llama a Juanito para desayunar descubre que tanto éste como el perro no están en la casa y que también falta alguna ropa del niño y comida de la despensa lo que indica que se trata de una huida en toda regla.

El revuelo que provocó la desaparición de Juanito y Cantinflas fue general, en menos de una hora todo el pueblo estaba implicado en su localización.

Avelino se dio cuenta enseguida que la decisión de desprenderse de Cantinflas era la causa de la desaparición de Juanito y así se lo explicó al cabo de la



guardia civil por si servía de pista para su búsqueda.

Juanito cogió algo de ropa y comida para despistar porque en realidad se había refugiado en el pajar del tío Cosme a escasos metros de su casa.

A pesar de que le había dicho a Cantinflas que si le descubrían se lo llevarían muy lejos sabía que este no aprobaba la huida y que en el momento en que se durmiese avisaría a sus padres, motivo por el cual pasó toda la noche en vela.

La infructuosa búsqueda siguió durante toda la noche y desde su escondite Juanito observaba todos los movimientos de la gente tratando de no quedarse dormido.

Al amanecer el sueño le venció y se quedó profundamente dormido y entonces Cantinflas, que tal y como suponía Juanito no aprobaba esta acción, salió del pajar y corrió en busca de sus padres.

Avelino pensó en un primer momento en una severa reprimenda, pero Laura abrazando a su hijo prefirió que este se explicara, y entre sollozos Juanito se dirigió a su padre diciendo.

- Tú dijiste que Cantinflas era uno más de la familia.

¿Acaso me venderías a mí para pagar tu barco?

La respuesta de Juanito encogió el corazón de su padre que lo cogió entre sus

brazos y apretándolo contra su pecho dijo.

- ¡Jamás, hijo!... ¡Jamás!, exclamó mientras dos gruesos lagrimones se deslizaban sobre sus mejillas.

- Ni a ti ni a Cantinflas ni a nadie, somos una familia y vamos a seguir siéndolo... En adelante solo Dios dispondrá de nuestro destino.

- Y tu Casimiro, dijo volviéndose hacia los presentes entre los que se encontraba, díles a los del circo que se busquen otro payaso.

Y aunque este hubiese preferido que se realizase la transacción tampoco se dio por frustrado porque aunque su aval permanecía en el banco no corría ningún riesgo ya que el valor del barco y su seguro era muy superior a la deuda actual.

El tiempo va pasando y Cantinflas va creciendo en tamaño y en sabiduría hasta tal punto que la señora Laura en más de un ocasión lo envía a la tienda con una cesta y una nota con la compra.

Ya no solo obedece a sus amos sino que además en ocasiones toma decisiones por su cuenta, unas veces porque cree interpretar sus deseos y pretende agradarlos, otras con alguna jugarreta con la que parece divertirse.

En una ocasión toda la familia disfrutaba de un día de playa del mes de Agosto con unos vecinos, Salvador, Rosario y sus tres hijos.

En un momento determinado Salvador se levanto acercándose a la orilla y al

meter los pies en el agua se estremeció.

- ¡Caray está helada!, creo que voy a dejar el baño para otro día, hoy me conformo con tomar el sol.

Dicho lo cual volvió sobre sus pasos y se sentó junto a su esposa.

Nadie advirtió que Cantinflas, como el que no quiere la cosa empezó a pasear por la playa y finalmente se metió en el agua.

Después de nadar un rato salió y empezó a pasear de un lado para otro de un modo distraído.

- Este perro además de listo es valiente, no teme al agua fría y además no se la sacude de encima, comentó Salvador.

Y mientras todos se tostaban al sol Cantinflas dio un rodeo y se colocó detrás de Salvador agitando todo su cuerpo y descargando toda el agua de su pelambreira sobre su espalda.

El hombre reaccionó como un rayo ante la impresión del agua helada sobre su dorso recalentado por el sol y se encontró con el perro mirándole con una expresión de burla que evidenciaba que se trataba de un acto premeditado.

-¡Por todos los demonios!, gritó Salvador además de listo y valiente eres un hijo de la gran breña.

Todos se levantaron corriendo tras Cantinflas y acabaron dándose un chapuzón a

pesar de la temperatura del agua.

Ese verano Cantinflas con un año de edad era todo un ejemplar extraordinario que causaba la admiración de todo el pueblo y como todos le conocían su presencia no intimidaba a los transeúntes que le saludaban al pasar y que Cantinflas devolvía el saludo con un suave ladrido.

Y si alguien inadvertidamente pasaba de largo el perro ladraba dos veces para llamar la atención y ser correspondido con un saludo.

Tan extraordinario era su comportamiento que eran muchos los vecinos que solicitaban favores a la familia de Juanito y que Cantinflas resolvía casi siempre, hasta en el cuartelillo de la guardia civil hicieron uso de sus servicios en una ocasión.

Una mañana don Leandro acudió al cuartelillo para denunciar que al levantarse la era donde se secaba el esparto había amanecido completamente vacía cuando la noche anterior había casi una tonelada de hebras esparcida sobre ella.

Las pesquisas llevaron hasta Manuel, un chatarrero de raza gitana que tenía un almacén en las afueras del pueblo pero el negó una y otra vez su participación en el robo.

Entonces el cabo del puesto, don Rafael, que era un hombre enemigo de la violencia, harto de oír siempre la misma respuesta terminó por convencerse de la relativa inocencia de Manuel.

Pero como entre gitanos no hay secretos pensó que algo tenía que saber sobre el asunto y decidió recurrir a las dotes persuasivas de Cantinflas.

Juanito y el perro acudieron al cuartelillo y don Rafael metió a Manuel y el perro en una habitación.

- Mira Manuel, yo se que tu no has robado el esparto pero también se que entre los vuestros no hay secretos y como no quiero que te consideres un soplón le dices en voz baja al perro todo lo que sepas, de lo contrario te pasarás en el calabozo hasta la próxima cosecha de esparto.

De lo que Manuel dijo en presencia de Cantinflas nadie sabe nada pero al cabo de unos minutos ladró un par de veces y salió de la habitación gesticulando para que le siguieran.

Por precaución Juanito se quedó en su casa y don Rafael con dos números de la benemérita siguieron tras el perro que les condujo a una barraca en el campo que servia de refugio a los cazadores de pájaros donde encontraron todo el esparto robado.

El tema de quien fue el autor del robo pertenece a otra historia que no viene a cuenta en este cuento.

El tiempo siguió su curso y al verano le sucedió el otoño, que como siempre en el pueblo es una prolongación de aquel con un tiempo muy parecido a la primavera.

Mientras Avelino se dedicaba a las tareas de pesca Laura con sus dos hijos recogió las aceitunas de dos docenas de olivos que poseían en un pequeño trozo de tierra a las afueras del pueblo.

Fueron tres días de duro trabajo con la espalda doblada recogiendo las aceitunas del suelo después de varear el árbol en los que Cantinflas poco o nada pudo ayudar, pero si la familia pudo disponer de aceite para todo el año fue gracias a su instinto.

Ese mismo viernes después de dejar los sacos de aceituna apilados junto a la puerta de la casa para llevarlos a la mañana siguiente a la almacara para moler y prensar la aceituna, la familia al completo bajó al puerto al anochecer para recibir a Avelino que como cada viernes regresaba de faenar en la costa africana.

Cuando regresaban todos juntos a casa de repente y sin previo aviso cantinflas echó a correr como alma que lleva el diablo.

Roberto comprendió enseguida que algo no marchaba bien y salió corriendo tras el perro mientras el resto de la familia aligeraba el paso lo más que podían.

El espectáculo que se encontró Roberto al llegar a casa fue digno de una película de risa, una tartana tirada por una mula y encaramados en lo alto del toldo dos personas de raza gitana abrazadas para no caerse mientras Cantinflas daba vuelta alrededor del carro gruñendo y enseñando los dientes como aviso para que no se movieran.

No tardó mucho Roberto en comprobar que los sacos de aceitunas habían volado desde la puerta de la casa al interior de la tartana.

La benemérita se hizo cargo de los dos ladrones y la familia se aseguró el abastecimiento de aceite para todo el año gracias a Cantinflas pero no cesaban de preguntarse como el perro pudo detectar el robo o si simplemente pensó que habían dejado la casa sin vigilancia y lo demás fue pura suerte.

Sea cual fuera la causa lo cierto es que la ya extendida fama de Cantinflas subió muchos enteros con este suceso hasta tal punto que los fines de semana mientras el pueblo disfrutaba de unos momentos de ocio Cantinflas se dedicaba a hacer rondas de vigilancia para tranquilidad de todos.

Pero en esta ocasión el cielo envió agua durante todo el mes de Octubre y Cantinflas pasó más tiempo en el patio de la casa que paseando por la calle.

Nuevamente el primero de Noviembre Juanito su madre y su perro visitaron el cementerio y esta vez no hizo falta ninguna indicación, Cantinflas se adelanto, entró en el recinto y cuando Juanito y su madre llegaron frente a la tumba de la abuela allí estaba el perro tendido en el suelo con la vista fija en la fotografía de la lápida.

Podría llenar páginas y páginas contando las hazañas de Cantinflas, pero no quiero caer en la monotonía, solo recabar que podía controlar el tiempo de forma perfecta y no me pregunten como lo hacia porque realmente nunca se supo, pero acudía a las citas de su amo con cinco minutos de antelación sin importar el

momento en que Juanito la había concertado.

Pero cuando Cantinflas apenas terminaba de cumplir los dos años ocurrió algo tan tremendo que durante mucho tiempo todo el pueblo se vio afectado por el suceso.

Una mañana del mes de Septiembre, antes de empezar el nuevo curso escolar, Juanito jugaba con unos amigos cerca de una charca en la que había muchas ranas y mientras ellos se divertían con sus juegos Cantinflas hacía lo propio con las ranas cogiéndolas con la boca y lanzándolas al aire.

No se sabe si llegó a tragarse alguna o fue por cualquier otra causa pero lo cierto es que unos días más tarde el perro se sintió mal, apenas si comía, rehusaba salir a la calle y vagaba por la casa con el cuerpo encorvado y la cabeza gacha.

Roberto preocupado por el estado del perro lo llevó al veterinario pero este no supo dar con la causa de su malestar.

Días más tarde el estado de Cantinflas empeoró y ahora regurgitaba todo lo que comía y se pasaba todo el día tumbado y gimiendo.

Roberto junto con el perro tomaron el tren y se trasladaron a un pueblo vecino donde estaba ubicado el matadero comarcal para que el veterinario del mismo, don Anselmo, tratara de averiguar la dolencia de Cantinflas.

El perro se quedó con don Anselmo para examinarlo y unos días más tarde



Roberto fue a recogerlo y el diagnóstico fue demoledor, Cantinflas estaba envenenado y lo peor es que el veneno había invadido ya todos sus órganos y su muerte no tardaría mucho en ocurrir.

Pero todavía había más, la muerte se produciría tras un prolongado sufrimiento que podía durar semanas dada la fuerte constitución del animal, por lo que recomendaba que cuando antes la benemérita acabara con su vida como era costumbre en aquellos tiempos.

De regreso al pueblo Juanito le esperaba en la estación y cuando recibió la noticia rompió a llorar amargamente.

Roberto lo consoló y le dijo que llevara a Cantinflas a casa mientras el iba al cuartelillo a arreglar las cosas para aliviar el dolor del perro.

Juanito, con el corazón hecho trizas echo a andar seguido por su perro y en mitad del puente de la vía del ferrocarril que cruza el río se paró y dijo.

- Cantinflas yo no puedo dejar que te maten, esta vez tu y yo nos escaparemos de verdad, yo cuidaré de ti hasta que cures y después volveremos a casa, ya veras como comprenderán nuestra fuga y nos perdonaran.

Mientras Juanito pronunciaba estas palabras permanecía de rodillas abrazado al cuello de su perro y cuando terminó la frase Cantinflas separó su cara y lamió repetidamente sus mejillas.

Luego en un gesto brusco se separó y haciendo acopio de sus últimas fuerzas

tomó impulso y dio un salto por encima de la baranda del puente cayendo al vacío.

La gran altura del puente acabó con su sufrimiento, fue el último acto de lealtad de un animal que a todas luces **fue algo más que un perro.**